

LENORA BELL

CONQUISTAR A UN DUQUE

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello



Capítulo 1



SURREY, 1817

«Ella me servirá.»

James apuntó a los rizos de oro y sonrisa serena, y lanzó la daga. Directo al blanco. Justo entre los sosegados ojos azules.

—Una elección magnífica, su excelencia.

Cumberford se ajustó las lentes en la nariz estrecha y consultó el registro.

—Lady Dorothea Beaumont, la mayor de las hijas del conde de Desmond.

Lady Dorothea. Una purasangre preparada para dar a luz a campeones.

—¿Qué opinión te merece, Dalton?

La única respuesta fue un ronquido ebrio. Su amigo Garrett, marqués de Dalton, yacía en un sofá con el brazo colgándole del borde, todavía agarrado a un vaso vacío de brandy.

James seleccionó otra draga del estuche de cuero y examinó los bocetos al pastel que había encargado de forma anónima a un ilustrador de periódicos.

Zas. El filo atravesó un delicado cuello de cisne. Zas. Ensartó una nariz aristocrática. Cumberford recitaba pedigris a la par que se alejaba todo lo posible de los cuchillos.

James bebió más brandy de un trago.
¿Cómo había podido llegar a eso? Era la vergüenza de la familia, el sustituto exiliado que no le importaba un cuerno a nadie. Debería estar abriéndose camino a machetazos por la jungla de las Indias Occidentales, no escogiendo candidatas a duquesa.

El matrimonio jamás había entrado en sus planes.

Su siguiente lanzamiento se tambaleó en dirección este, apenas esquivó la nariz de Cumberford y se clavó en el lomo de cuero color granate del ejemplar *La vida y época* de su venerable antecesor: el primer duque de Harland.

Si Cumberford estaba en contra de que James rayara las paredes revestidas de caoba de la biblioteca, no lo hizo notar. Había sido el procurador de los negocios de los Harland durante demasiado tiempo como para dejar entrever sus emociones.

—¡Maldición!

—¿Qué pasa? —Dalton por fin levantó la cabeza de los cojines del sofá.

—He estado a punto de seleccionar a Cumberford.

—No se preocupe, su excelencia —afirmó el procurador.

—¿Que has estado a punto de qué? ¿Por qué sostienes un cuchillo? —Dalton gruñó y se cubrió los ojos con la sangradura del brazo—. ¿Dónde estoy?

James inclinó la cabeza y un lacayo le sirvió otra copa a Dalton.

El marqués cerró los ojos azules enrojecidos.

—Voy a vomitar.

—De eso nada. —James levantó a su amigo de un tirón y le cerró los dedos sobre la empuñadura de una daga—. Sé útil.

Dalton contempló la daga.

—Tienes razón. Una vez que caigas en la trampa del matrimonio, seré una de las últimas esperanzas. Será terrible. Debo acabar con todo ahora mismo.

—Para ti no, idiota. —Lo hizo girar hasta encararlo a la fila de preciosidades de papel—. Para una de ellas.

Tres damas acribilladas por cuchillos les devolvían la fiera mirada. Servir de alfiletero no era de su agrado. James juraba que los inmensos ojos de lady Dorothea se habían entrecerrado.

—No lo has pensado detenidamente —objetó Dalton—. Irán a por ti como una manada de lobas. Warbury Park estará a rebosar de féminas confabuladoras. He de marcharme. Ahora.

Dio un paso vacilante, pero James lo sostuvo.

—Ya que has venido sin anunciarte, lo menos que podrías hacer es quedarte para ayudarme a evaluar a las candidatas.

—Si tienes que escoger a tu futura mujer, ¿por qué no esperar a que empiece la temporada como cualquier hombre civilizado? —Dalton se golpeó la frente con la mano libre—. Ah, espera. Se me olvidaba. Nunca has sido civilizado. ¿Sabes cómo te llaman en Londres? Su zafiedad.

—Cosas peores me han llamado.

—Al menos considera afeitarte esa barba de salvaje. Te hace parecer un pirata.

—Lanza el cuchillo de una vez.

Dalton entrecerró los ojos para mirar la fila de pinturas colgadas de las paredes de la biblioteca.

—¿Qué diferencia hay? —dijo arrastrando las palabras—. Labios suaves y ojos de cordero degollado. Hasta que te echan el lazo. Entonces se convierten en len-

guas viperinas y miradas de Medusa. Pueden convertir a un hombre en piedra por echar un vistazo a otra dama. Te lo advierto, no es divertido. Ni por asomo.

El anfitrión se encogió de hombros.

—En realidad, son sus padres quienes me interesan. Cumberford asegura que estos son los hombres más influyentes con hijas refinadas en edad casadera.

—¡Ajá! —Dalton asió a James por el pañuelo—. Si quieres llegar a los padres, entonces invítalos a ellos. Les ofreceremos tu brandy exquisito y negociaremos como caballeros. Ni siquiera tendrás que conocer a las hijas hasta el día de la boda.

James sacudió la cabeza.

—Quiero escoger a mi esposa. Necesito una socia sensata para mis negocios. Alguien cortés, elegante, de moral intachable... Todo aquello que yo estoy lejos de ser.

—Entonces te deseo lo mejor.

—¿Cuándo te has convertido en un cínico? En la escuela siempre te deshacías en elogios a la belleza y las apariencias.

—La vida. —Dalton blandió el cuchillo—. La vida me ha cambiado, viejo amigo. Me he llevado demasiadas decepciones como para enumerarlas. ¿Estás seguro de que no quieres reconsiderarlo?

—Imposible. Ya sabes lo que hay en juego.

—Lo sé, lo sé. —Esbozó una mueca irónica—. Debes engendrar un heredero. Preservar el legado Harland. Abrir tu querida fábrica. Y demás sandeces. Una responsabilidad atroz, en mi opinión.

—No es que me agrade más que a ti. El matrimonio es lo último que quiero. No necesito más complicaciones.

Tamborileó los dedos sobre el muslo. No quería nada de aquello. Ni el ducado ni la novia de la alta sociedad.

Se había pasado los diez últimos años recorriendo el mundo, rigiéndose por sus propias reglas y no tenía intención de volver a la fría y restrictiva Inglaterra para convertirse en un tirano cerrado de mente como su padre. En lugar de eso, encontraría a una inocente virgen a la que sacrificar para los dioses de la reputación y la respetabilidad; una cuyo padre tuviera recursos de sobra y conexiones políticas bien cimentadas para marcharse en cuanto le fuera posible.

Extendió la mano hacia los bocetos al pastel.

—Una de estas damas encantadoras tiene, sin duda, madera de duquesa. Una recatada y educada...

—¡Medusa!

Para su sorpresa, su amigo consiguió clavar la daga en el borde de uno de los retratos.

Cumberford se permitió soltar un suspiro de alivio.

—Otra elección espléndida. La señorita Alice Tombs, hija de sir Alfred Tombs, quien se rumorea que ha amasado una fortuna de más de...

—Es la cuarta —declaró James—. Envíe las invitaciones, Cumberford. Quiero ponerle fin a este asunto de la esposa con tanta prontitud como me sea posible.

Ya era agosto. El luto por su padre y hermano había hecho que se quedara en Inglaterra demasiado tiempo. Debía zarpar hacia las Indias Occidentales antes de que la temporada de huracanes hiciera que cruzar los océanos fuera más peligroso. Se quedaría en su país el tiempo suficiente para engendrar un heredero y garantizar el éxito de su fábrica de cacao.

—Estupendo, su excelencia. —El procurador hizo

una reverencia—. Mañana por la mañana entregaré personalmente las invitaciones a las damas afortunadas.

James lo excusó con un gesto de la cabeza y su procurador prácticamente salió corriendo por la puerta, ansioso por poner distancia entre él y la práctica de puntería embriagada.

—Aún no es demasiado tarde. —Dalton levantó el puño—. ¡Llama a los perros! ¡Detén la cacería!

—Cuatro damas. Tres días. Tan malo no será.

El marqués suspiró.

—No tienes ni idea. No digas que no te lo advertí, duque.

«Duque.»

El duque había muerto.

James ayudó a Dalton a regresar al sofá y se sirvió otra copa de brandy.

Todavía podía ver el ataúd con herraje de plata que desaparecía en el interior de la cripta oscura, tras la capilla familiar adornada en negro. Todavía podía oler la muerte y la dulzura empalagosa de los lirios. La lluvia inglesa había empapado la lana y el lino, había transformado su piel en hielo.

Incrustó una de sus dagas en la pulida caoba del escritorio de su padre.

«Soy el último de mi linaje. Nunca he querido esto. Nunca he querido ser el duque.»

Su hermano, William, había sido el descendiente consumado de la familia. Formal, serio, obediente..., cumplidor de la ley. Pero murió en el mismo accidente de carruaje que había dejado a su padre herido de muerte y que reclamó su vida seis meses más tarde.

James se tiró de la soga que la sociedad llamaba pañuelo en busca de aire. Nunca se le había dado bien se-

guir las normas o un camino establecido. Sin embargo, en aquellos momentos había demasiada gente que dependía de él.

No solo sus arrendatarios y trabajadores. Pensó en la pequeña que se encontraba en el piso de arriba, en el cuarto de los niños. Sus ojos tristes y oscuros, los ataques de llanto rebelde. Una responsabilidad de lo más imprevisible. Aunque estaría a salvo en Inglaterra junto a una duquesa elegante e inocente que la protegiera del desprecio inevitable de la sociedad y supervisara su desarrollo.

Dio un sorbo al brandy y observó los bocetos.

No tenía madera de duque, pero podía escoger a la duquesa perfecta.

Cumberford había juntado un previsible ramo de rosas inglesas. No cabía duda de que todas serían cortas de miras y poseerían el alma encadenada digna de una educación aristocrática respetable.

James había cumplido con un celibato inusual en él desde su llegada al país, pero estaba seguro de que las debutantes en sociedad serían demasiado tímidas para tentarlo, lo cual le convenía. No se podía permitir distracciones. Se trataba de un acuerdo de negocios, no de una unión por amor.

Vació la botella de brandy y brindó por los ojos inocentes y la beata sonrisa de lady Dorothea.

Tendría que ser una verdadera santa para casarse con alguien como él.

Algunas noches Charlene Beckett se sentía de todo menos santa.

Cuando le dolía la espalda y tenía los dedos enrojeci-

dos, en carne viva de tanto fregar. Cuando le palpitaba la cabeza de tanto contemplar cifras que nunca parecían sumar lo que debían.

Algunas noches le costaba sonreír, brindar consuelo, ser fuerte.

Y aquella era una de esas noches.

Arrastraba los pies cada vez con más pesadez a medida que subía las escaleras en dirección a su cuarto. Solo quería reptar hasta la cama y taparse la cabeza con la colcha. Mantener a raya los sonidos que descendían del piso de arriba.

Risitas suaves. Voces masculinas tempestuosas. El tintineo de un pianoforte.

Envuelta en terciopelo rosado y plumas, flotando gracias al láudano que utilizaba para sofocar la tos que cada día empeoraba más, su madre recibía a los invitados en su discreto burdel, conocido como la Pluma Rosada.

Charlene se apoyó contra la pared un momento. El sonido de la tos de su madre la hizo estremecerse. Al día siguiente encontraría la forma de convencerla de que dejara de trabajar. Aquella noche ella necesitaba dormir.

La puerta de su cuarto estaba entreabierta.

—¿Lulu? —preguntó a la par que abría la puerta. Pensaba que su hermana pequeña la estaría esperando.

Una nariz aguileña que coronaba un reluciente y blanquísimo pañuelo de cuello emergió de entre las sombras.

Le dio un vuelco el corazón. El momento que tanto había temido durante más de un año había llegado.

«Esta noche no. Por favor, esta noche no.»

—Te he estado esperando, pajarillo. —Lord Grant se levantó de su asiento cerca de la ventana.

—Lord Grant. —Consiguió mantener la voz firme a pesar del pánico que le arañaba la garganta—. No le esperábamos hasta dentro de varios meses.

—No podía dejar a mi bandada sola durante tanto tiempo, ¿no te parece?

Dio un paso hacia la luz del candil y la muchacha contuvo las ganas de vomitar. El lord se quitó los guantes grises de piel de cabritillo y los dejó sobre la mesa. Se pasó una mano por el ondulado cabello castaño, espesado con cera con aroma a naranja. Le habría parecido apuesto si no fuera porque conocía la crueldad que se escondía en lo más profundo de aquella fachada elegante.

Grant evaluó su cuerpo recorriéndolo con la mirada.

—Ya veo que sigues igual de bella, incluso con ese vestido anodino.

Charlene abrió más la puerta para buscar movimiento en el pasillo. Estaban solos.

Fue capaz de contener la inquietud a medida que él se acercaba.

El hombre le acarició la mejilla con el dedo.

—He soñado con este momento.

También ella. Solo que en sus sueños, ocurría a plena luz del día y ella ardía con un odio tan afilado que hacía jirones el miedo asfixiante.

—Necesitamos más tiempo —informó.

—¿Más? —Él le puso una mano en la mejilla—. No lo comprendo.

—Para reunir el dinero. Necesitamos más tiempo.

La madre de Charlene, conocida como madame Cisne, había abierto aquel burdel de postín gracias a los regalos de un benefactor agradecido, pero era demasiado bondadosa para dedicarse a aquel tipo de negocio. La

mayor parte de las ganancias se destinaban a sus empleadas. Había aceptado un préstamo de lord Grant, uno de los visitantes asiduos, y este había venido a reclamarlo.

Se rio y le tomó la cara con las manos. Ella la apartó, pero él volvió a colocarla donde antes de un tirón.

Sus uñas parecían medias lunas blancas a las que les habían sacado brillo. No era de esas personas que se ensuciaban las manos. Le sorprendía que no hubiera traído a uno de sus guardas aquella noche para doblegarla si se ponía impertinente. Lo cual haría.

—Nunca aprendes, ¿no es cierto? —inquirió él—. La vida no tiene por qué ser complicada. Es muy simple. —Apoyó la frente contra la de ella—. Te quiero a ti, nada más. Eres el único pago que necesito.

Le mordisqueó la oreja, la intensa fragancia a naranja amarga del pelo le obstruía los sentidos.

—Estoy dispuesto a perdonar y olvidar.

Charlene se quedó inmóvil. Que él estaba dispuesto a perdonar, decía. Se enfrentó a un arrebató de furia que amenazaba con hacerle perder la compostura. La última vez que lo había visto, él empuñaba un hierro candente y se preparaba para marcarla con el blasón de su familia. Para reclutarla en su harén privado.

Él bajó la cabeza para acariciarle la mejilla con la nariz.

—No lo pongas difícil, es innecesario.

Nunca se olvidaría del momento en el que él sostuvo el hierro ardiente sobre su hombro. El mundo se había abierto bajo sus pies. Antes pensaba que la vida era prometedora, que quizá incluso cabía la posibilidad de encontrar el amor. Después de aquello, sabía que los caballeros ricos con títulos estaban llenos de maldad. Nunca

se enamoraría. Nunca le permitiría a nadie tener siquiera una pizca de poder sobre ella.

La oportuna llegada de Kyuzo, el guarda del burdel, le permitió escapar justo antes de que Grant la marcara, y el barón se había marchado a Escocia al día siguiente. En el transcurso de aquel año, había practicado cómo defenderse a sí misma en caso de que Grant regresara.

«Recuerda tu entrenamiento, Charlene.

»Nada de furia. Nada de miedo. Solo un río tranquilo que sigue su curso.

»No tiene ni idea de que esta vez estás preparada.»

Un brazo le serpenteó por la espalda. Él la atrajo hacia su inquebrantable corpulencia.

—No te resistas, pajarillo —le susurró al oído.

Le besó el cuello.

—Suélteme.

—¿No quieres todo lo que te puedo ofrecer? —comentó con genuina perplejidad—. ¿No estás cansada de vestir de arpillera y oler a lejía? Yo te concederé una vida de lujos. Tendrás sedas y perfume francés.

Y tendría dueño, encarcelada para complacer a un hombre. Jamás lo permitiría.

—Suélteme —repitió mientras le miraba fijamente a los ojos.

—No. Llevo demasiado tiempo esperando.

«Espera hasta que rebose energía. —Las palabras de Kyuzo reverberaron en su mente—. Utiliza esa energía en su contra. De esa manera, poseerás la fuerza de dos personas.»

Ella giró la cara para evitar su beso. Él le rodeó la garganta con una mano enorme y la forzó a devolverle la mirada.

«Pronto. Espera, respira. Ahora.»

Con agilidad, dio un paso atrás siguiendo las instrucciones de Kyuzo: «Coloca ambas manos alrededor de la mano que te sujeta por la garganta. Dóblate hacia atrás para huir del peligro. Retuércele la muñeca. Coloca el codo sobre el suyo. Pie derecho a pie izquierdo. Oblígalo a caer».

—¿Qué demonios?

La rodilla derecha de Grant golpeó el suelo. Gruñó por el dolor inesperado y su brazo se torció en un ángulo poco habitual.

Desde aquella posición podría partirle el codo.

«Respira. Nada de furia.»

Presionó con mayor fuerza el codo extendido y débil, lo cual obligó a que bajara la otra rodilla al suelo.

—No estoy a su disposición.

—No eres tú quien lo decide —jadeó mientras forcejeaba contra la llave que le hacía en el brazo.

—Charlene. —Kyuzo irrumpió en el cuarto—. He oído un ruido.

La muchacha soltó al barón.

Grant se puso en pie a trompicones mientras se apretaba el codo y la muñeca contra el pecho. Lanzó una mirada de odio a Kyuzo.

—Veo que todavía dispones de tu mestizo protector.

Kyuzo cruzó los brazos sobre su formidable pecho, cuya envergadura había convencido a su madre para que lo contratara como guarda.

—La señorita Beckett dice que usted se marchaba ya.

Charlene recogió el sombrero de copa, los guantes y la capa del barón, y tiró las prendas a los brazos del lord.

El guarda tomó al barón por el codo, pero este se zafó de su agarre.

—No me toques. —Los ojos marrones se oscurecie-

ron hasta volverse casi negros—. Volveré para reclamar lo que me deben.

—Yo pensaría dos veces volver a aparecer por aquí si fuera usted —gruñó Kyuzo—. Le acompaño.

Lo condujo hacia la puerta que se encontraba ante él.

La columna vertebral de Charlene siguió rígida hasta que los oyó descender por las escaleras. Trastabilló hasta llegar a la pared y sus rodillas fallaron.

Grant volvería.

A pesar de dedicarse a la limpieza y de vender las pinturas de Lulu, no habían conseguido ahorrar lo suficiente para devolver el préstamo y los intereses desorbitados que les había cobrado.

Mientras su respiración volvía a la normalidad, se devanó los sesos para dar con una solución. Debía encontrar la forma de saldar la deuda, cerrar la casa y proteger a Lulu.

Daría con la forma.

Tenía que hacerlo.